

***Un bello y antiguo lamento. Presentación de El beso,
de Yaki Setton***

por Sonia Scarabelli

El amante está solo y canta. La lengua en la que canta es secreta e íntima. Ahora mismo, está separado del mundo, en otra parte. Ahora mismo, el único hilo que lo sostiene es el que pasa por el aliento de la voz; un hilo delgado que cruza de la boca al oído que lo escucha desde su sueño remoto. Ese hilo está hecho de palabras. Las palabras que leo están quietas, pero van llevadas en un movimiento respiratorio. Su elocuencia es esa respiración de un aliento que escapa. Si el movimiento se detiene ahí, el amante está muerto; si el aliento vuelve al cuerpo, si las palabras vuelven al cuerpo, hallan el camino de regreso, el amante está vivo, se salva.

Entonces, él está afuera, expulsado del mundo. No puede hablar de otra cosa. Él se ve como Odiseo, atado al palo mayor. Pero es de su boca que sale el canto de las sirenas. “Y yo voy /de un lado al otro con mi / boca al viento”. Metido en ese viento, cavila fuera de toda ley. O, llevado por una sola ley, dice: “Sí, parece que no sucede nada, / que gana el vacío, lo lejano o / el paso del tiempo. Pero yo/ confío en mis sentidos.” En la desnuda transfiguración del amor, él se afirma: “yo confío en mis sentidos”.

¿Qué ve un amante? ¿Qué oye? ¿Qué voz escucha? Solo él sabe. Porque por fuera “todo parece / común, humano, repetido / y sin embargo es extraña / esta embriaguez de la espera / del tejido que no cesa / y se vuelve por instantes / único, exacto, último”.

Sus ojos se han abierto, aun si con dolor. Y en un mundo descubre oculto otro; y encajado y desencajado entre los dos, siempre debe aceptar cierta carga de exilio. Pero su carencia es suntuosa; tiene algo de rey mendigo. “Soy el que sueña solo, el que habla / solo, el que llora solo, el que ama solo. / ¿Seguiré desde este mirador, bebiendo / la brisa por si ella trae tu antiguo perfume?”. Se trata de una pregunta y de un llamado que se hace siempre desde la orilla. Su destino son las aguas abiertas de lo que es sin centro; el moverse inmóvil, el torbellino de las paradojas. En esas aguas, se diría que el antiguo perfume se intensifica; viaja sobre ellas como llegado desde cierta zona de un pasado improbable con su edad de oro.

Entonces, el amante llama, pero ¿cómo? Aún no están preparados los desposorios; aún el gran cantar no se desata en la joya viva de los cuerpos. Sucederá más adelante, él será coronado. Pero sabe

que el amor no habla cualquier lengua. Su estela de imposibilidad sobrevuela el idioma como una sombra delicada, translúcida; su lenguaje es el soplo, viento que remueve el polvo del desierto, hábito que entra al cuerpo por la boca de dios. A la llamada, el amor ofrece su rostro parlante y velado, que apenas si se deja rozar por el lenguaje. En la primera parte de *El beso*, el amante es quien oficia esa liturgia, ese ritual que convoca, simultáneamente, al lenguaje y al silencio. En ese entredós, la voz de la amada se vuelve materia sensorial que atraviesa los siglos “El tono / suena apropiado para una charla de café / pero es un bello y antiguo lamento/”.

Poco a poco, el cantar cobra forma. Tímidamente aparecen la paloma, la muralla, el jardín. El camino que siguen las palabras del amante, conducidas por la mensajera que vuela y vuela, es de aire y viento. Él es la paloma, él es también el mensajero del antiguo cantar, suya es la boca portadora para el poema que lo convierte en peregrino. Canta en el jardín, guía enredaderas, madre selvas y plantas a través de flotantes vergeles nocturnos, preso de la mayor desnudez, la del amor insomne. Y así, aunque él no lo diga abiertamente, su cuerpo prepara verdor, enredadera, hoja, signo para guiar al amor lejano.

Nombrado de esta manera, el jardín hace pensar en una carta de tarot, “El jardín / es quien domina en esta instancia / de tu velado silencio. Dibujan madre selvas / sus ramas y sus flores, sus hojas y sus plagas: / no sabemos, mi vida, cómo crecerán ni hacia dónde / subirán o girarán con su lenta marcha pero yo / con mis dedos las guío, trato de que me sigan...”

Pero la historia del amor es legendaria, y está llena de peligros. El amor es una fuerza mortal y el amante es pura finitud, tiempo que se fuga, palabras, carne temblorosa: “Mi voz / suena frágil, palpita; tiene/ su historia”. Esa fragilidad inaugurada en la primera parte, sigue al rey hasta los aposentos, se prolonga en el rostro de la amada surcado de bellas arrugas, hechas como por agua.

Las dos formas mayores del amor, presencia y ausencia, y su forma tercera y secreta, la plenamente inaccesible para otros que no sean los amantes mismos, se revelan como las que transfiguran la apariencia cotidiana del mundo. El amor presente, además, transmuta los cuerpos en suaves contornos alados o felinos, con garras, dientes; hay curvas de garza, animales de la sutileza que van trocando pies en manos, en labios, en el reino de un sueño viviente : “Allí la visión es parte de la voluntad /que quiere mostrar y ve-

lar porque no hay / manifestación del todo, solo un silencio / que no llamamos tristeza pero que expira / e inspira para volver y no volver”.

Esa distancia al objeto del amor, que siempre vuelve en *El beso*, y que es tan insalvable como necesaria, restituye al poeta su voz ancestral, la voz del cantar, allí donde amante y amada se reencontran como amada y amado, en el mutuo reverso del deseo, en los cruces de vagas intuiciones: “¡Oh, divina amiga!, qué doloroso / reconocer tus miedos, escuchar en mis oídos / y no en mi boca mi propio deseo”.

El canto pasa entonces a la boca de la amada —porque es el cantar el que prepara el beso—, y se convierte en la forma tangible inmediata donde todo sentido ocurre como epifanía: “Pero el canto, tu melodía que sale lenta / suena, me envuelve. No sé tu idioma / aunque imagino / tus ojos oscuros bien abiertos, / y entonces te entiendo sin que salga / de tu boca ningún gesto, ningún sonido”.

Y de esa epifanía brota una palabra sanadora. El sagrado, el misterioso envés de toda desdicha: “La bondad del amor”: “a la distancia tu voz tranquila / con palabras de ánimo y sin cálculo”. Porque también eso hace el amor en presencia: recorre las palabras de nombrar el cuerpo que irradia el misterio de una confianza y un encuentro: los labios que se tocan “y sin ningún / recelo se quedan como besos / quietos”.

Los cambios de magnitud, el adensamiento y a la vez ligereza del cuerpo-alma, allí donde el tiempo marca la admonición de su lado irreversible —nuestra inagotable caducidad—, el poeta descansa abrazado por el retorno de un candor momentáneo. Una vez más el cantar —ese cantar antiguo, ese bello y antiguo lamento que reverbera en los poemas de Yaki Setton— repara la nostalgia de aquellas distantes fiestas unitivas, y trata de rebasar con su conjuro las barreras del tiempo y del espacio.

La forma del deseo tiene, así, la ubicuidad sedosa del aire, aliento —apenas un vapor, una tibieza exhalada— que enhebra las bodas misteriosas del cuerpo y de la voz, y enlaza los pronombres en las bocas de *El beso*. Se trata, claro, de la vida, porque: “Ahí, ¡en el aire / está el riesgo!”.